

—Hay una pequeña aldea que se llama Coquimba.

—Pues bien; Narvaez y vos os reunireis en esa aldea dentro de diez días, llevando cada cual diez testigos de la clase de capitanes y soldados. ¿Os parece bien mi proposición?

—Por mi parte, aceptada.

—Entonces voy á partir hoy mismo para ponerme de acuerdo con él, y os avisaré lo que suceda.

—¿No teneis, añadió Andrés del Duero, algun servidor de toda vuestra confianza que pueda venir conmigo y estar dispuesto á traer os cuantas noticias os dé yo?

—Sí; un indio que me ha tomado gran afecto puede desempeñar esa misión.

—Pues ponedlo á mis órdenes.

—¿Cuándo pensais marchar?

—Mañana mismo al amanecer, si me dais vuestra licencia.

—Asegura á Pánfilo de Narvaez que si se niega á la paz, él será el responsable de las consecuencias de la guerra.

Ya habeis visto y habeis oído á mis capitanes: todos ellos se dejarán matar por mí.

—Descuidad; yo le enteraré de lo que pasa, dijo el antiguo amigo de Hernan Cortés.

Se separaron, y al día siguiente encargó Hernan Cortés á Ilbialbi que acompañara á Andrés del Duero y se pusiera á sus órdenes.

—Allí puedes prestarme grandes servicios, le dijo; observa, y cuando vuelvas refiéreme todo lo que hayas visto, sin olvidarte de nada.

Ilbialbi se alegró de que le confiara aquella misión.

Poco despues de amanecer partió Andrés del Duero, y Hernan Cortés se quedó más tranquilo.

Ya no era solo el prestigio del guerrero el que tenia entre los soldados que militaban á las órdenes de Pánfilo de Narvaez.

El interes iba á trabajar á su favor cerca del hombre llamado á ejecutar la ruin venganza del gobernador de Santiago de Cuba.

CAPITULO LXXVI.

Trabajos de Zapá.



ESPERABA con ansia Pánfilo de Narvaez la llegada de Andrés del Duero.

Durante su ausencia, olvidándose de todas las consideraciones que se debia á sí mismo, y sofocando los instintos generosos que hasta entonces habian constituido parte de los dotes de su alma, estaba resuelto á toda costa á dejarse arrastrar por la pasión y á resolver el problema que dificultaba la realizacion de sus designios de una manera indigna, no ya de un caballero, sino de un sér humano.

Andrés del Duero necesitaba aparecer á sus ojos muy adicto á su persona para conocer á fondo sus secretos y para prevenir cualquiera tentativa que perjudicase á Hernan Cortés.

Apénas llegó á Zempoala, se presentó en la morada de Narvaez.

—No os esperaba tan pronto, dijo éste.

—Yo soy muy diligente y como conozco que en una y otra parte hay ansiedad, creo oportuno resolver cuanto ántes las dudas de que nos hallamos poseidos.

—¿Habeis visto á Hernan Cortés?

—He pasado algunas horas en su compañía, siendo obsequiado por él y por sus capitanes. Bien es verdad que en esto no ha hecho más que corresponder al comportamiento que habeis tenido con sus enviados.

—¿Y habeis hablado con él?

—¿Habia de volver sin traer resolucion?

—¿Qué proposicion era la que queria hacerme?

—Hernan Cortés, respondió Andrés del Duero, está resuelto á luchar.

Pero como ha conseguido ventajosos resultados en su expedicion, teme malograrlos, y el interes sofoca en él los instintos belicosos.

—Pero ¿cómo quiere luchar conmigo si sus fuerzas no pueden compararse con las mias?

—En cuanto á eso, ya podeis suponer que yo tengo gran confianza en nuestros soldados. Pero los suyos están aclimatados, conocen el país, han adquirido grandes simpatías entre los indígenas; y ademas, temerosos de perder lo que han ganado, se batirán como fieras.

—Tanto peor para ellos: los cazaremos.

—No son esos los deseos de Hernan Cortés, y las proposiciones que me ha hecho lo prueban.

—Hablad.

—Quiere la paz à todo trance.

—¿Es decir, que obedece las órdenes del gobernador de Santiago de Cuba?

—Tanto como eso, no. ¿Podeis imaginaros que un hombre de su temple consienta en entregarse á su enemigo?

—Pues entónces, ¿bajo qué condiciones quiere la paz?

Andrés del Duero no quiso ser tan explícito con Pánfilo de Narvaez como con él lo habia sido Hernan Cortés.

Y la razon para que no lo fuera era muy obvia.

Si Hernan Cortés confiaba el mando de las tropas á Pánfilo de Narvaez, no podian prometerse tanto provecho como si continuaba Hernan Cortés capitaneando la expedicion.

—Las bases de esa reconciliacion, dijo Andrés del Duero, po-

deis tratarlas con él, porque he logrado que acceda á celebrar una entrevista con vos.

—Me place en extremo.

—Hay á diez leguas de Zempoala una pequeña aldea, que se llama Coquimba.

En ella nos reuniremos, si lo creéis oportuno, dentro de diez dias, llevando por compañeros diez hombres entre capitanes y soldados.

El llevará otros tantos; podreis conferenciar, y llegar á un arreglo honroso para todos.

—La proposicion ¿de quién ha partido?

—De él. Pero en honor de la verdad, debo deciros que como llevaba instrucciones vuestras para proponerla, en mi calidad de diplomático ha hecho todo lo posible para inspirarle esa idea.

—Pero ¿habeis empeñado vuestra palabra de que iré yo?

—De ningun modo; he anunciado que estaba seguro de que aceptariais. Pero quedais en libertad de acceder á sus deseos, ó de rechazarlos.

—Accedo gustoso; no faltaré á la cita.

—Podeis disponer de seis dias para resolveros; al cabo de ese tiempo un indio de la servidumbre de Hernan Cortés que ha venido conmigo, le llevará vuestra respuesta.

—En ese caso, dijo Pánfilo de Narvaez, aprovecharé el tiempo explorando á ese indio. ¿Sabe el español?

—Lo entiende, y aunque con mucha incorreccion se deja comprender.

—Haced que venga á verme.

—Cumpliré vuestra orden. Pero decidme: si los capitanes me preguntan algo acerca de mi viaje, ¿qué debo referirles?

—Que Hernan Cortés desea tener conmigo una entrevista, lo cual me hace creer que capitulará, entregándose á discrecion.

Se separaron, y Pánfilo de Narvaez, estimulado por los mismos pensamientos que le rodeaban:

—El mismo va á proporcionarme los medios de satisfacer mis deseos.

Dado el carácter indómito de ese hombre, nada podré conseguir con él de grado.

De todos modos, hemos de recurrir á la fuerza, y no es justo que se desperdicie la ocasion que la suerte me ha proporcionado.

Desapareciendo él, cesa el motivo de una lucha que, en efecto, podria ser desastrosa para todos: sus soldados se unirán con los míos en cuanto él deje de vivir, y yo iré á México á completar su obra.

Resuelto á llevar á cabo su infame plan, buscó el medio más eficaz de realizarle.

Desde luego pensó que podria servirle de instrumento el indio que habia llegado con Andrés del Duero, y que segun éste le habia dicho, debia ser portador de la respuesta.

Pero como le convenia que no se informasen de sus propósitos las personas que le rodeaban, ántes de decidirse observó á Ilbialbi para no dar el golpe en vago.

Ilbialbi fué objeto de las mayores consideraciones por parte de los soldados de Narvaez.

Apénas se informaron de que llegaba del cuartel general de Hernan Cortés y de que entendia y hablaba el castellano, le cogieron por su cuenta, y llovieron sobre él toda clase de preguntas.

Para no repetir las conversaciones en que tomó parte, nos limitaremos á consignar las noticias que dió á sus curiosos interrogadores.

Díjoles que todos aquellos países eran muy ricos; pero que no habia en el mundo ninguno que encerrase más riquezas que México.

Añadió que el más pobre de los mexicanos tenia multitud de joyas de oro, y que Moctezuma poseia un tesoro, formado por innumerable cantidad de alhajas.

Les indicó tambien que habia admirado tanto á Hernan Cortés, que considerándole superior á él, le habia dicho un dia:

—Puedo reunir un numeroso ejército, y si lo reuniera, ni tú, ni todos los soldados de tu nacion, podrian poner la planta en mi territorio.

Pero es tal el cariño que te profeso, que he dispuesto nombrarte mi heredero, y darte las llaves de mi tesoro, para que lo repartas entre todos los soldados que vengan contigo.

Fundándose en esto, manifestó que todos los soldados de Hernan Cortés estaban resueltos á defenderle, porque solo de aquella manera podrian disfrutar de las riquezas que Moctezuma le habia ofrecido; y para terminar aquella série de tentadoras noticias, les dijo que Moctezuma, creyendo en peligro á su muy amado Hernan Cortés, habia dispuesto que cien mil indios acudiesen en su auxilio para defenderle de los malos españoles que le atacaran.

Fácilmente se comprende el efecto que producirian estas declaraciones entre los soldados que las escuchaban.

No tardaron en llegar á noticia de los capitanes, y algunos de ellos á su vez se las comunicaron á Pánfilo de Narvaez.

Este deseó que el mismo Ilbialbi las confirmase en su presencia.

Inmediatamente le llamó.

Pero de cualquier modo era ya tarde.

El indio habia sofocado en los soldados de Pánfilo de Narvaez el odio que pudieran abrigar contra Hernan Cortés.

Habia excitado su codicia, y por lo tanto, habia cumplido el encargo que le habia hecho Marina al despedirse de él.

Asistamos á la entrevista de Ilbialbi y Pánfilo de Narvaez:

Esta se celebró inmediatamente.

Narvaez, resuelto como estaba á deshacerse por medios indignos de su enemigo, necesitaba un brazo.

El del indio le parecia el más seguro.

CAPITULO LXXVII.

Un negocio.



ACE mucho tiempo que sirves á Hernan Cortés? preguntó Pánfilo de Narvaez á Ilbialbi.

—Yo era criado del emperador Moctezuma, contestó el indio, y me sacaron de su palacio, en donde estaba muy bien, para ir á servir á los españoles.

—¿Querias mucho á tu amo?

—Al emperador, sí.

—¿Y á Hernan Cortés?

—Tambien, contestó Ilbialbi, procurando que su fisonomía no estuviese de acuerdo con sus palabras.

Pánfilo de Narvaez observó atentamente al indio, y repuso:

—Sé franco conmigo: ¿te ha tratado bien Hernan Cortés?

—Perdonad, señor; vos sois extranjero como él, y no puedo decir en vuestra presencia lo que siento.

—Al contrario, debes hablarme con franqueza.

—Los españoles castigan á los indios.

—¿Eso quiere decir que te ha tratado mal Hernan Cortés?

—Me ha sacado de la morada en donde era feliz.

—¿Tienes familia?

—No; estoy solo en el mundo.

—¿Y es verdad lo que dicen mis soldados que tú les has referido?

Ilbialbi guardó silencio como si vacilase.

Despues dijo:

—Señor, á vos no quiero engañarle. No es cierto.

—¿Pues por qué les has hablado de ese modo?

—Por que al verme llegar, me rodearon todos, comenzaron á preguntarme, tuve miedo, y quise ponerme bien con ellos.

—Es necesario que les digas que los has engañado.

—¡Ah! No; me matarian.

—Yo te respondo....

—Os ruego que no me exijais ese sacrificio.

—Podia exigirte que cumplieses mis órdenes, y de lo contrario castigarte. Pero quiero ser generoso, y lo seré si te portas bien conmigo.

—Contad con mi agradecimiento.

—Vas á decirme la verdad. ¿Está el emperador Moctezuma en poder de Hernan Cortés?

—Sí, señor.

—¿Es cierto que los mexicanos le estiman mucho?

—¡Oh! Lo que es eso....

—Habla.

—La verdad, señor, no. ¿Cómo quereis que un pueblo estime á su opresor? Fingen, porque el emperador ha tenido la debilidad de dejarse dominar por él; pero el sufrimiento se acaba, y no me extrañará que un dia, muy pronto tal vez, sacudan el yugo que les oprime.

—¿Amas á tu patria?

—Daria mi vida por ella.

—Pues bien; voy á proporcionarte el medio de que la salves de la opresion en que yace.

—¿Vos, señor? dijo Ilbialbi lleno de admiracion.

—Yo, sí.

—Sois español tambien. Si vais á México, será para dominarnos como Hernan Cortés.

—No lo creas: veo que tienes inteligencia, y voy á confiarte un secreto. ¡Ay de tí si lo revelas!

—No temais.

—Nuestro rey, añadió Pánfilo de Narvaez, no ha enviado á Hernan Cortés para que os oprima, para que os domine.

Habiendo llegado á su noticia que existia en esta parte del mundo una nacion poderosa, quiso ser amigo de su monarca, y envió á Hernan Cortés para que le ofreciera su amistad.

Pero aprovechándose de la facilidad con que el emperador Moctezuma le acogia, llegó á creer que podria desentenderse de las órdenes que habia recibido y conquistar este vasto imperio para satisfacer su ambicion.

—¿Es posible? exclamó fingiendo admiracion Ilbialbi.

—Sí, añadió Pánfilo de Narvaez; creelo: Hernan Cortés es un malvado.

El indio fingió asombro.

Aprovechándose Narvaez de la fe que al parecer daba á sus palabras:

—Oyeme, le dijo; nuestro rey ha sabido los designios de Hernan Cortés, y me ha enviado para castigarle.

—¿No habeis venido á ayudarle contra nosotros? preguntó, simulando una inmensa alegría.

—No; he venido á libraros de su opresion.

—Que los dioses os bendigan, exclamó Ilbialbi.

—Traigo la mision, prosiguió Pánfilo de Narvaez, de apoderarme de él, de dar excusas á vuestro monarca en nombre del mio, y de conducir á su presencia al que ha abusado de su bondad.

Pero esto daria lugar á una lucha, porque los soldados de Hernan Cortés han delinquido como él; como él deben sufrir castigo, y miéntras tengan fuerzas para luchar se opondrán á que yo les aprisione. Tú podrias salvar á tu patria y evitar una lucha que mi bondad rechaza.

—¿Yo? Hablad, hablad, dijo Ilbialbi.

—Si Hernan Cortés, por efecto de alguna circunstancia, de-

jase de vivir, sus soldados invocarian mi clemencia, asegurarian que si habian seguido á Hernan Cortés era porque no tenian más remedio que obedecer, y yo podria perdonarlos, volviéndome con ellos á España, y dejando vuestro territorio en completa libertad.

—Sí, sí; eso, eso quiero; dijo el indio, fingiendo con admirable maestría para inspirar más confianza á Narvaez.

—Ahora bien, prosiguió Narvaez; si hubiera un indio que no inspirase recelo alguno á Hernan Cortés, que pudiera deshacerse de él, sobre todo cuando duerme; si valiéndose de estas facilidades le arrebatase la vida, de acuerdo conmigo, podria dar el golpe al mismo tiempo que yo me acercaba adonde están los españoles, y entónces....

—Os comprendo; pero eso es imposible.

—¡Imposible! ¿Por qué?

—Duerme con centinela.

—¿Y no habria algun medio.....?

—Si abandonase su cuartel....

—Yo puedo hacer que dentro de seis dias vaya con diez hombres á Coquimba.

—Entónces ya es otra cosa.

—Yo.... Sí, dijo despues de una breve pausa; yo me encargo de eso; pero como soy servidor suyo, no tengo armas.

Pánfilo de Narvaez sacó de su tahalí una daga pequeña.

—Toma, le dijo.

—¡Ah! exclamó el indio, cogiéndola y besando la hoja. Que Tescalepuzca os bendiga.

—¿Estás resuelto á hacer lo que he dicho?

—Sí.

—Mira que si me engañas, que si me vendes, te buscaré aunque te escondas en las entrañas de la tierra, y tu castigo será horrible.

—Si dudais de mí, tomad y matadme. Cuando se duda de un hombre se le mata.

—No dudo; dentro de dos dias partirás á llevar mi respuesta á Hernan Cortés.

Acude, aunque él no quiera, al punto en donde los dos debemos vernos.

Yo iré con diez hombres, y á poca distancia me seguirá todo mi ejército.

Procura, disfrazándote, penetrar en la estancia en donde estamos los dos, y allí hundes en su pecho el puñal.

No temas; mis soldados y yo acudiremos en tu auxilio, y despues de vencer á los rebeldes, te llevaremos á México en donde serás recibido con entusiastas aclamaciones.

Ilbialbi se hincó de rodillas y besó las plantas de Pánfilo de Narvaez.

Dos dias despues partió, llevando un pliego á Hernan Cortés.

En él le anunciaba Narvaez que acudiría el dia señalado á Coquimba.

Al dia siguiente de llegar el indio, recibió Hernan Cortés, por medio de un zempoale un aviso de Andrés del Duero, en el que le anunciaba que Pánfilo de Narvaez lo habia dispuesto todo para tenderle un lazo.

Estas noticias confirmaron las del indio.

Hernan Cortés renunció á todo género de consideraciones.

CAPITULO LXXVIII.

Donde Hernan Cortés se resuelve á luchar con Pánfilo de Narvaez.



PARA que no atribuyese Pánfilo de Narvaez á cobardía la resolucion que habia tomado de no acudir al punto de la cita, en vista de las noticias que le habia dado Ilbialbi y habia confirmado Andrés del Duero acerca de la traicion que proyectaba, se decidió á escribir á su enemigo, rompiendo por completo con él.

—«He hecho cuanto he podido, le decia, por evitar la guerra.

«No he obedecido al proponeros la paz á otro móvil que al de evitar que se derrame sangre por una cuestion tan pequeña y tan ruin como es la que os ha traído en mi busca.

«He apurado todos los medios de conciliacion: mi conciencia está tranquila.

«Estaba resuelto á acudir á la cita, para que nos hubiéramos puesto de acuerdo, y me sonreia la esperanza de que despues de hablar con vos no tendríamos que romper las hostilidades.

«Me habia llegado á figurar que érais un caballero, que obedeciais al deber, no que participabais de la pasion de Diego de Velazquez, y por esta razon os trataba con todo género de consideraciones.

«Me he equivocado de medio á medio.

«Habeis comprado á uno de mis servidores para que hiciera

conmigo lo que vos no creiais poder hacer con todo vuestro ejército.

«El celo por serviros le ha perjudicado.

«Sin duda alguna habiais contraído con él el proyecto de que me matase, aprovechando una ocasion oportuna.

«El indio creyó que esa ocasion habia llegado, y se atrevió á levantar un puñal contra mí.

«Puesto en tortura para que confesase la verdad, os ha denunciado, dándome idea de los inícuos sentimientos que abrigais.

«Ya no es posible entre los dos avenencia alguna.

«El hombre que es capaz de comprar un asesino, está juzgado, y solo se merece pagar con la vida su delito.

«Es inútil que salgais á Coquimba á hablar conmigo. No os molesteis ni hagais que vuestro ejército se ponga en marcha, para no fatigarle. El mio, que es aguerrido, que está resuelto á haceros pagar cara vuestra traicion, sale conmigo en este instante para ir á buscaros, que no le importan las fatigas de la marcha cuando le anima la esperanza de hallar enemigos que han de proporcionarle una nueva victoria.

«Preparaos, pues, y que Dios decida cuál de los dos merece el triunfo.»

Hernan Cortés envió esta carta á Pánfilo de Narvaez con un indio zempoale.

Acto continuo dió las órdenes oportunas á su ejército para que se pusiera en marcha.

—No hay esperanza de paz, les dijo. Es preciso luchar, y lucharemos hasta el último trance.

Capitanes y soldados juraron de nuevo que perecerian ántes de ser vencidos.

El ejército de Hernan Cortés no aguardó el refuerzo que le habia prometido, y estaba á punto de enviarle, el cacique de Chinantla, y sin más auxilio que doscientos tamenes ó indios de carga, se puso en marcha, pernoctando en Coquimba.

Los soldados de Narvaez que se habian unido á las tropas de Sandoval, aseguraban al caudillo que una gran parte de sus compañeros estaban resueltos á no romper las hostilidades con sus hermanos, y de paso añadian que era tal el prestigio de que gozaba Hernan Cortés entre ellos, que tenian por seguro que la mayor parte se pasarian á sus filas en el momento del combate.

Aparentaba Hernan Cortés no dar importancia á estas aclaraciones; pero la verdad era que constituian todas sus esperanzas.

Al dia siguiente muy de madrugada continuaron los españoles avanzando hasta Zempoala.

En el camino recibió Hernan Cortés una carta de Andrés del Duero.

—«Pánfilo de Narvaez, le decia, ha anunciado que se acerca el momento de la lucha.

«No saldrá á vuestro encuentro, pero toma todas las disposiciones necesarias para desplegar sus fuerzas y dar la batalla con éxito.

«Puedo aseguraros que sus órdenes han disgustado á casi todos.

«Los soldados desean unirse á vos para ir á México y participar de las riquezas que allí hay.

«Los capitanes piensan que es una accion indigna la de atacaros, y solo la disciplina, mantenida por unos cuantos jefes de los que respetan á Pánfilo de Narvaez y tienen interes en adular al gobernador de Santiago de Cuba, es la que hará que no deserten los soldados tan pronto, sin perjuicio de tomar nueva resolucion á medida que vayan teniendo lugar los sucesos.»

Hernan Cortés no manifestó el contenido de la carta á sus soldados.

Por el contrario, les dijo que le avisaban en ella la tenacidad con que estaban resueltas las tropas de Pánfilo de Narvaez á conseguir el triunfo en el combate.

Esto enardeció á sus soldados, y avanzaron con la misma rapidez que si volvieran á la madre patria á disfrutar el premio de sus trabajos.

Al anochecer llegó á una pequeña poblacion, situada á una legua de Zempoala, defendida por el rio de las Canoas, de frente, y por la espalda por la colonia de Veracruz, adonde envió un destacamento.

Alojóse con sus soldados en las casas del pueblo, que le dejaron de buen grado sus moradores; despachó espías para que le informasen de la actitud de los enemigos, y los dos soldados que habian servido á Sandoval, tomaron á su cargo el euidado de penetrar al dia siguiente de madrugada en la ciudad, para enterarse de las medidas que habia tomado Pánfilo de Narvaez.

Por si le esperaba y queria sorprenderlo, dispuso Hernan Cortés que la mitad de sus soldados vigilasen en tanto que los otros descansaban.

El, por su parte, permaneció toda la noche combinando el plan de campaña para evitar que fuera doloroso, y al mismo tiempo para conseguir que el triunfo estuviera de su parte.

Pasaron unos cuantos soldados al lado opuesto del rio, y exploraron el terreno hasta media legua.

Por la noche recibió un nuevo mensaje de Andrés del Duero.

—«Acaba de saberse vuestra llegada, le decia.

«Mañana temprano quiere Pánfilo de Narvaez que se pongan en marcha sus tropas para dar la batalla.

«Puedo aseguraros que se aumenta el número de los que quieren evitar á toda costa la lucha, y me parece que las medidas que ha tomado Pánfilo de Narvaez contribuirán á que se generalice esta idea.

«Os enviaré noticias de todo lo que pase.

«Ya podeis imaginaros cuánto trabajo para evitar el conflicto.»

No esperaba Hernan Cortés tener en el campo enemigo un confidente tan activo y tan provechoso.

Descansó por la noche dos ó tres horas, y muy temprano reunió sus capitanes para confiar á cada cual el papel que deberia desempeñar en el drama que se preparaba para el dia siguiente.

Aun estaban reunidos, cuando llegaron los dos soldados, asegurando que las tropas de Narvaez iban á ponerse en movimiento; pero que se notaban en todas ellas más deseos de desobedecerle que de luchar.

—Un soldado resuelto, dijo Hernan Cortés, vale por cien soldados vacilantes.

La victoria será nuestra.

¡Quiera Dios que no cueste lágrimas á nuestros hermanos!

En vista de las noticias que habia recibido, opinó que lo mejor que podia hacer era esperar á que le provocasen, seguro de que el paraje que habia elegido era el más á propósito para no malograr sus esperanzas de triunfo.